
HÉCTOR FUENZALIDA

Marceliniana

EN 1871 el joven Menéndez Pelayo, ha cumplido los quince años. Lo vemos en una de las fotografías de la época con cerquillo, pelliza de amplia solapa de corte militar, con un reborde de seda, una corbata de flácidas alas que cubren la angosta boca del chaleco. Afirma el antebrazo sobre el medallón de una antigua bergère. En otra silla contigua está sentado. Parece un retrato romántico. Pero en la mirada hay firmeza y empecinamiento y en los labios muy finos, se dibuja una débil sonrisa que da fuerza y seguridad al rostro alargado. Sus ojos no son todavía esos ojos abiertos, redondos “como si se volaran de la cara, como si los empujara el cerebro” que se ven en las fotografías posteriores ni adorna su rostro la barba de débil dibujo que llevó en su primera juventud enmarcando el rostro por la mitad de la mejilla y aislando cuidadosamente el bigote. Lo que llama más la atención en esta fisonomía apenas adulta, es su expresión de firmeza ascética y cierto aire seminarista de limpieza y casta lozanía que no toca a otra pasión que la inteligencia y el estudio y cierta presteza en la mirada que denuncia al buen espadachín, al cazador de certera pupila, en buenas cuentas, al polemista erudito.

La Universidad de Barcelona anda por esos días cumpliendo efemérides que parecen sincronizarse con las de la Universidad de Chile. El Presidente Prieto declaraba extinguida, en 1837, la antigua Universidad de San Felipe para fundar la Universidad de la República. Un Real Decreto, de 1.º de Septiembre de ese mismo año, suprimía la de Cervera y volvía así a instalarse, en Barcelona, después de más de un siglo, la antigua universidad que Felipe V había trasladado a la docta ciudad leridana. En 1842, año en que el Presidente Bulnes firmaba la ley que crea nuestra casa de estudios, la Universidad

de Barcelona se instalaba provisoriamente en el viejo convento del Carmen. Allí cruzó el vetusto portalón, en 1871, el joven montañés atraído por el sentido histórico y positivo de su enseñanza y por la hospitalidad que le deparó aquel famoso químico español, el Dr. José Ramón Luanco y Riego, también fino espíritu humanista, amigo de su padre, su fiador, que le hospedó en su casa de la calle de la Fuente San Miguel.

Carrera universitaria fulgurante. Don Marcelino se matricula en Barcelona en las asignaturas de Literatura General y Estética, que profesaba don Manuel Milá y Fontanals; Literatura Latina, con Don Jacinto Díaz; Geografía con don Cayetano Vidal y Literatura Griega con don Antonio Bergnes de las Casas, en un día 27 de Septiembre de 1871. Una papeleta fechada el 30 de Septiembre del año siguiente comprueba su incorporación a las asignaturas de Literatura Griega, también de don Jacinto Díaz; Historia Universal, de don Joaquín Rubió y Ors y a la de Lengua Hebrea de don Mariano Viscasillas. En 1873, se traslada a Madrid y aprueba las de Estudios Críticos sobre Cultura Griega, Historia de España y Bibliografía. No rima su ánimo con los metafisiqueos de Salmerón y prefiere aprobarse discolamente en Valladolid con el gran don Gumersindo Laverde a quien sorprende —el discípulo al maestro— con su formidable erudición tomista. Allí obtiene también el título de Licenciado y, en 1875, se doctora en Madrid. Ha obtenido como estudiante 24 premios ordinarios y tres extraordinarios y tiene sólo 19 años de edad.

Algo llama la atención en esta carrera universitaria tan breve, tan intensa, tan movible. Es claro que lo que atrae a Barcelona al joven Menéndez Pelayo es algo muy singular. Como declara don Manuel Rubió y Borrás, el docto bibliotecario

rio de la Universidad barcelonesa, don Marcelino "no tuvo infancia literaria" porque había nacido "con una intuición de sabiduría excepcional". Lo sabía todo y lo que aún no había pasado bajo los ojos del lector voraz que no conocía ni el sueño ni la fatiga, lo adivinaba maravillosamente. Barcelona le atrae por eso: allí está Milá y Fontanals, otro terrible erudito. Y hay más: en aquella Universidad no había contaminación racionalista y krausista, que parecía inundar el pensamiento de la Facultad de Letras de Madrid. Allí se respetaba la tradición del pensamiento hispánico. Era aún una universidad con carácter regional y el joven Menéndez y Pelayo es hijo de una familia archi-burguesa y provinciana. Además en la Universidad existía un positivo sentido histórico en la enseñanza. Don Marcelino, niño todavía, odia las generalizaciones, desecha la garrulería teórica y ociosa, anafilaxia de la cual no puede desprenderse en todo el resto de su vida aun en los momentos en que más parece exaltarse su espíritu hacia la cima de la síntesis, pues, entonces, más que a la condensación es llevado, tanto en los prólogos, en las conclusiones, especialmente en el *Epílogo* de los *Heterodoxos*, a una suerte de lirismo oratorio magistral y hay en ellos más pasión que sublimación.

Esta falta de teoría en sus obras, no acusa debilidad alguna, ni siquiera, excusa argüir, que sea ello muestra o fruto de una desviación erudita, pues su estilo le confiere a su obra una calidad sobresaliente en la forma, que va haciéndose con los años más compacta, más veraz, lo que es fácil ver si se compara la ampulosidad de su discurso de entrada a la academia para ocupar el sillón vacante por la muerte de Hartzenbusch, con sus escritos posteriores. El exordio de esta pieza publicada en 1884, evidentemente acusa un marcado tinte oratorio que hoy, al releerlo, no podemos dejar pasar sin una sonrisa. Hay deleite por las palabras que se engarzan a la frase redondeada, alargada, que integran hemistiquios armoniosos, con una puntuación clara y con pequeños descansos menores de punto y coma para respirar algo fatigosamente en el desborde del discurso. Estilo, bien es cierto, hablado y no escrito, para la ocasión. Se afina después, pero nada, aún

lo más escueto, podrá decir prescindiendo de un solaz de artista, de estilista, en fin y, sobre todo, de literato. Es lo que hace de su obra algo encantador, macizo, porque el discurso interno va vibrando con la respiración y la cenestesia vital, y la erudición, la porfiada y desnuda erudición, no le colinará y se hace consubstancialmente ornato y elegancia, placer y prestigio. Don Marcelino a quien también la naturaleza le dió unas pupilas que nunca le fallaron (no necesitó nunca el binóculo) y que tiene hasta su muerte esos ojos perforadores, redondos, a flor de piel, de una viveza iluminada como se puede ver en el famoso retrato de Moreno Carbonero de su madurez, es viva encarnación de cierta sensualidad por lo bello de la vida, por el regusto de las cosas gratas al paladar y aunque célibe irreductible, solterón, no gusta de la soledad por la soledad ni es literato místico de la literatura que busca en ella algo en que complementar un ascetismo natural, como en el caso de Azorín, sino que necesita aún en las horas de estudio, del contacto directo con la vida que pulula en derredor, de los cofrades y de las mujeres en las cuales halla siempre el eterno encanto de la femineidad. Don Marcelino no se sustrae a lo cotidiano; al contrario, busca la sociedad. Arranca de pronto de su ascético y escurialense gabinete de trabajo y se va a sus hoteles, cargado de libros que hojea vertiginosamente buscando la substancia que, por un poderoso instinto de lector, halla de inmediato la pepita de oro. Lee mientras come, aislado en la mesilla, siempre en medio de una corriente de aire, o concurre a esos salones de la planta baja de los hoteles europeos, donde se refugia cierta élite intelectual y social y se hace tertulia sobre arte, toros y literatura. Los héroes de la tauromaquia son entonces *Frascuelo* y *Lagartijo*. Don Marcelino logra aislarse y sustraerse en medio del delirio logomáquico matritense. Nada para él es más grato que esa suerte de conexión eléctrica en que un polo negativo neutraliza al positivo, ese estar y no estar con los demás. Muchas veces y sobre todo más allá de la cincuentena, hay en la mesa, al lado, mientras lee, una botella de cognac. Su figura y la compañía, se hace proverbial en Madrid.

No es pues, como mucho se ha pretendido hacer creer, la erudición por la erudición, porque le acompaña toda la vida su memoria prodigiosa y no necesita hacer papeletas. Lo que más le distrae, lo que le exige mayor trabajo, no es el acto mismo de escribir o el de documentarse. Su mayor empeño lo pone en el planteamiento de la obra que a veces le toma largo tiempo. Estructura sistematizando con claridad extraordinaria, hasta dar cabida a todo el plan. La cita, el dato que requiere, llega en el momento de escribir el capítulo, el párrafo y reproduce el texto necesario fotografiado certeramente en la memoria, un poder mnemónico que según la frase de Ricardo Rojas excedía lo meramente individual y parecía la memoria de la raza que se recupera para no morir. De ahí es que aquella profusión de notas y la intercalación de los textos se hace acompasadamente, casi, diríamos, al mismo ritmo del que va fluyendo del propio estilo. Por eso su obra no peca nunca de pedantería cortante y sojuzgante y el texto original supera a la cita y no adelgaza el caudal de una inspiración siempre latente en ella como un río manso y denso de aguas que va abriendo a su antojo con el remo de la pluma. Y como nada pretende asegurar a *priori* su caso en la literatura conforma un doble merecimiento superior: la categoría del estudioso infatigable y la categoría del escritor insuperable; prodigio que lleva a la sabiduría y el encanto de su prosa llena, tersa, con más carne que nervio, de una vibración acompasada y serena como un *allegro ma non troppo*. Dicho en otras palabras, si bien se aprecia en ella un esfuerzo y una capacidad monstruosa, una voluntad de acero, grande en la concepción y minuciosa en la realización, en la tarea que se ajusta como una conformación vital y orgánica, también de titán, todo el esfuerzo se mide en otra dimensión superior en la que nunca se revela la fatiga, el vagido final de la impotencia; y como todo parece estar siempre presente y en potencia, en el mismo momento de la realización para discurrir fluidamente, su obra tiene el mérito en el arte de no fatigar con la propia fatiga y se mueve sana y animosa, amena y poderosa. Su mismo acento categórico, a veces, renueva las fuerzas del lector y lo lleva

de la mano por prados de verde y lozana sabiduría y erudición. No es difícil ni en el vocablo ni en la formación natural, la dirección de la frase; anda con el idioma sin mucho artificio para lograr la síntesis, sin abundancia de tropos y, ni siquiera, con un léxico frondoso.

Sostiene Guillermo de Torre en su estudio *Menéndez Pelayo y las dos Españas* que la crítica literaria adquiere con él, por primera vez, una jerarquía estética, y señala más adelante, la idea del mismo don Marcelino, sostenida ya en la *Historia de las ideas estéticas* de unir en nexo indestructible el criterio histórico con el criterio estético, materia que enfoca más tarde en su discurso *De la Historia considerada como obra artística*, en donde llega a afirmar "la identidad del mundo de la poesía con el de la historia, manifestando claramente sus preferencias por la crítica que va más allá de la investigación y alcanza hasta la recreación", aseveración que viene a desembocar en una cuestión transcendental, casi insanjable, que se agudiza en el mundo contemporáneo de las letras.

¿Puede la historia seguir siendo considerada *todavía*, frente a los portentosos adelantos de la investigación científica, como obra literaria, como obra de creación? Evidentemente que no. Tal vez, si se considera la excelencia del estilo, de la forma, de la composición puramente tal, pueda ella ser considerada, subsidiariamente, como una obra creativa y por ende susceptible de encajar, con un pie, en el mundo actual de las *belles-lettres*. Pero ¿qué dirán los historiadores si fueran tildados simplemente de literatos? Difícil cuestión indudablemente que lleva a una apreciación anfibia de considerar toda ciencia como arte y viceversa, y desnaturalizar, así, el contenido de las esencias... Pero, la verdad sea dicha, es que, si ese afán de definir, de categorizar, de coordinar en el tiempo, sistemáticamente, los géneros y el genio literario que encierra el concepto de esa crítica y, especialmente, de la crítica que engarza los fenómenos de la creación a su determinante histórica simultáneamente con la revisión de la calidad de ella misma, determina que la crítica sea considerada como un afán creativo, más aún si envuelve los aspectos salientes del desarro-

llo de una cultura, pues, unir hechos dispersos, aparentemente antagónicos y conferirles significación y unidad, requiere de la intuición, de ciertas facultades del alma que son indicios seguros de la potencia estrictamente creadora.

Y no hay duda que este es el caso típico de la obra menéndezpelayesca, concebida y realizada, además, por un escritor de condiciones realmente superiores.

Es obvio que al repasar el inventario de todos los campos que cubrió y la infatigable disposición a la tarea que se dió para cubrir el área de la investigación, asir y sistematizar lo descubierto y aún suponer o vislumbrar lo que no era, en rigor científico, perfectamente comprobable, requiere una labor de titán y de demiurgo. Y sea tal vez este avance intuitivo, este atisbo genial, lo que ha llevado posteriormente al rigor investigativo del Centro de Estudios Históricos, con don Ramón Menéndez Pidal a la cabeza, como sostiene el mismo Guillermo de Torre, y otros centros que rebuscan en el campo de la historia y de la lingüística.

Se ha consumado ya la segunda Restauración borbónica en España y Menéndez Pelayo cumple los 18 años. Está en plan de terminar sus estudios universitarios en la patria para iniciar, enseguida, el éxodo por las bibliotecas en busca de documentación. Etapa de estudio silencioso, de encierro, pues nada, aparte de los libros, ve en ciudad alguna, Lisboa, Roma, Nápoles, Florencia, Bolonia, Venecia, Milán, París, Bruselas, Amberes, Amsterdam.

Es una carrera contra el tiempo. Es necesario juntarlo todo, verlo todo, leerlo todo. Afortunadamente su memoria actúa como una cámara fotográfica (texto, capítulo, página, puntuación). Su conciencia de erudito e historiador le ha dado una cita ya con una tarea inmensa que se propone: es la misma de Tayne, de Burckhardt y de Macaulay, como anota de Torre. Pero en esta, la suya, pone un empeño fiero de patriota y de católico, porque la historia de la cultura de España, cuyos cabos no ha podido atar nadie bien hasta entonces, permanece deshilvanada, descosida, desarticulada, llena de lagunas y vacíos.

¿Necesita ya de alguna exégesis este gigante y su obra? Sobre la obra sólo

podrá ser valedero el juicio de conjunto o el análisis erudito de sus partes para exhibir verticalmente la riqueza de un corte en profundidad. En guerra con la mitad de su mundo hispánico al cual no le da partida de nacimiento legítimo, al cual no concede tregua ni validez, a veces injusto, arbitrario, pero siempre brillante y concluyente, tozudo y arremetedor, restituye un sentido tradicional de la cultura hispánica incorporando, con espíritu clacisista y arcaico, aquello que no se había columbrado en el transcurso de los siglos, ordena, desempolva, y saca a relucir el oro escondido.

Pero allí se detiene. Acaso no haya otro europeo que diera excelencias iguales a su *Historia de las ideas Estéticas* y sus *Orígenes de la Novela*. Gastó, acaso, demasiado tiempo en la polémica, porque no vió el enlace —o no lo quiso ver— que se gestaba ante sus ojos, y en plena juventud, de los dos hemisferios, culturales e históricamente valederos de la España de Erasmo y la de Felipe II, como define Figueiredo. No alcanzó a ver, o no lo quiso ver en el pasado, los renacimientos dolorosos de España; no quiso ver el último, el gestado en la postrer derrota, al filo del siglo que espiraba entre ilusiones y desilusiones, porque no quería tal vez descubrir, llevado por el menosprecio al krausismo y a toda contaminación foránea, sino lo esencialmente español, desdénando la virtud genética y esencial de las influencias fecundantes que gestan los renacimientos. "Un renacimiento, decía Azorín, es sencillamente la fecundación del pensamiento nacional por el pensamiento extranjero". Si España derramó el polen fecundante sobre otras culturas ¿por qué no podía recibir generosamente en su seno aquel que le fuera provechoso, sin perder la esencia de su sino, valientemente, integérrimamente? La fusión estaba por venir, sigue y se seguirá gestando. Se avocó ya a ella la generación del 98 sin aspavientos redentores, con sencillez y mucha altivez española. "Esta llamada generación de 1898, dice Hans Jeschke, siguiendo el pensamiento de Azorín, logró conciliar en sí la escisión Europa-España, y sin exagerar, pero también sin renunciar a los valores nacionales propios, restablecer a España en el círculo del pensamiento europeo y, con ello, su-

perar la conciencia de decadencia e inferioridad que había pesado sobre los mejores de la nación desde comienzos del siglo XVII”.

Para nosotros los latinoamericanos, tiene Menéndez Pelayo un valor singular como español y europeo. Es su esfuerzo por categorizar y dar un sitio de honor a los valores de la poesía hispanoamericana, desde la ordenación de su *Antología*, trabajo al cual entregó muchos de sus desvelos. Puede adolecer de defectos de apreciación y selección, visibles ahora, de los cuales, en gran parte, no es él el culpable sino las agencias académicas que lo informaron. Es el primer intento masivo de proporcionar, al través de tan

alto portavoz, una visión, una sinfonía del verbo que canta en nuestro continente. Acaso él y Valera, más generoso y cosmopolita, sean literariamente los primeros hispanoamericanistas de España, sus precursores directos.

Y él, —Don Marcelino— que tanto supo valorar la obra de un novel investigador de archivos restreando la historia de nuestra patria y del continente, merece nuestro reconocimiento, al lado de ese que recibió su más alta consideración— y lo decimos como americanos y como chilenos: Don José Toribio Medina, el otro gigante de los redescubrimientos.